

Yo, el Gato

Yo, el Gato

Natsume Sōseki

Edición y traducción del japonés
de Jesús González Valles

T R O T T A / U N E S C O

PLIEGOS DE ORIENTE

*Colección UNESCO de Obras Representativas
Esta obra ha sido publicada con la ayuda financiera de Japón,
en el marco del programa UNESCO de fondos en depósito*

Primera edición: 1999

Segunda edición: 2010

Título original: Wagahai wa neko de aru

© Editorial Trotta, S.A., 1999, 2010

Ferraz, 55. 28008 Madrid

teléfono: 91 543 03 61

fax: 91 543 14 88

e-mail: editorial@trotta.es

<http://www.trotta.es>

© UNESCO 1998 para la traducción española,
las notas y la bibliografía

ISBN TROTTA: 978-84-9879-159-4

ISBN UNESCO: 92-3-303505-0

depósito legal: S. xxx-2010

impresión
Gráficas Varona, S.A.

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
I	17
II	33
III	89
IV	139
V	169
VI	201
VII	235
VIII	271
IX	311
X	349
XI	395

INTRODUCCIÓN

Un gato sin nombre se convierte, por obra y gracia del autor, en narrador y protagonista, en observador y crítico de la sociedad japonesa. Desde el estrecho ámbito de la casa de su amo, el perspicaz y sabiondo felino observa caracteres humanos, escucha conversaciones y presencia hechos que le dan pie para filosofar sobre la vida y enderezar entuertos de la sociedad humana.

Todo ello da como resultado una novela que, además de generosa en recursos cómicos y humorísticos, es rica en enjundia ideológica que invita a la reflexión. Sōseki, efectivamente, hermanó la reflexión con la sátira puesta en boca del sabiondo gato que se creyó nacido para fustigar tanto las extravagancias de un sector intelectual e idealista como las rarezas de otros estratos más vulgares y realistas. El gato retrata variadas y complejas conductas, se interna con frecuencia en las interioridades humanas y hasta propone recetas que él considera eficaces para mejorar el país. Esto significa que Natsume Sōseki realiza en su novela un análisis profundo del ser humano con sus virtudes y lacras, con sus luces y sombras.

En este sentido, Sōseki es una figura señera en la historia de la literatura japonesa y resalta como hechicero de la prosa japonesa e iniciador de un modelo de novela realista que, aunque inspirado en modelos extranjeros, echaría luego hondas raíces en la literatura nipona. A pesar de declararse poco adicto a la tradición literaria japonesa, destaca en él un fino lirismo típico de su país. La forma y el fondo de sus obras tienen, por ello, un frescor y un encanto peculiares.

De ese modo se explica que la obra fuese acogida con aplauso por el público japonés y que haya continuado hasta nuestros

días ocupando un lugar relevante en la literatura japonesa moderna. En palabras de un crítico literario, «las obras de Natsume Sōseki han sido leídas ininterrumpidamente durante medio siglo. La clave de este éxito reside en las profundas sugerencias que a los ansiosos de reintegración espiritual les hace la constante reflexión del autor en torno a la vida humana».

Precisamente por tratarse de una novela poco conocida en el mundo de habla hispana, nos ha parecido conveniente ofrecer unos datos sobre la vida, obras del autor y, de manera especial, sobre esta novela que sin duda presenta matices y ritmos propios de la literatura oriental.

Nacido en Tokio en 1867, Natsume Sōseki asistió desde su infancia al proceso de Restauración iniciado por el emperador Meiji en 1868. El giro copernicano que se operó en los diversos campos de la vida japonesa con la introducción de la cultura occidental suscitó entusiasmo en unos, nostalgia de lo ancestral en otros y, en no pocos casos, oposición frontal hacia toda influencia extranjera.

En la capital japonesa realizó sus estudios universitarios y, aunque estudioso de la tradición china, no descuidó el patrimonio literario nativo, pero se especializó en Lengua y Literatura Inglesas. Inició en Tokio la actividad docente, que luego continuó en Matsuyama y en Kumamoto. Su experiencia en Matsuyama no duró más que un año, pero le proporcionó vivencias y datos para la novela *Botchan* (El joven mimado) y que tendría como escenario esta ciudad de la isla de Shikoku. En 1896, tras contraer matrimonio en Tokio, pasó a Kumamoto para ejercer la enseñanza durante cuatro años en una prestigiosa escuela de esta ciudad de la isla de Kyūshū.

Al regresar a Tokio en 1900, había conseguido, además del título de catedrático, renombre como poeta y prestigio como especialista en Literatura Inglesa. El Ministerio de Educación le concedió una beca para ampliar estudios en Londres durante dos años. Aquí experimentó la displicencia con que el ciudadano inglés miraba al oriental, las estrecheces económicas y el hambre que pasó para poder adquirir algún libro. Todo ello le ocasionó una crisis de nervios que aceleró su regreso a Japón.

Efectivamente, en 1903 volvió para dedicarse a la enseñanza en el Departamento de Literatura Inglesa de la Universidad

Imperial en calidad de sucesor de Lafcadio Hearn. Fue entonces cuando se puso en contacto con el poeta Kyoshi Takahama quien le invitó a publicar en la revista *Hototogisu* («El Cuculillo») el primer capítulo de la novela *Wagahai wa neko de aru* (*Yo, el Gato*).

En el número de enero de 1905 apareció el primer capítulo, que fue ampliamente elogiado por la crítica literaria y recibido con gran aceptación por parte del público. Ante la favorable acogida, Kyoshi Takahama fue solicitando a Sōseki sucesivos capítulos hasta publicar la obra completa en agosto de 1906. Con ella, el autor entraba por la puerta grande en el mundo literario japonés.

A partir de entonces se fueron sucediendo producciones literarias: ensayos, poesía y, sobre todo, novelas.

Entre los ensayos, destacan los dedicados a la crítica literaria como *Bungaku-hyōron* («Crítica literaria»), *Bungaku-ron* («Tratado de literatura»), *Bungei to dōtoku* («La literatura y la ética»), *Bungei no tetsugakuteki-kiso* («Base filosófica de las artes») y otros escritos cortos, generalmente publicados en forma de conferencias pronunciadas en ocasiones diversas.

La figura de Sōseki como poeta no es tan conocida. Se cuentan hasta 2.525 *haikus* compuestos por él, pero su producción poética no fue constante ni tan decisiva como la de su amigo Masaoka. Se distinguen cuatro etapas en su producción poética aunque la más abundante es la que coincide con su estancia en Matsuyama y Kumamoto. De hecho, es en este período cuando es más reconocida su inspiración como poeta del *haiku*. Con motivo de un breve retiro de reflexión en el templo budista Shūzenji, inicia una cuarta etapa poética en la cual vuelve a disfrutar intensamente de las delicias del *haiku*. Y así como en sus novelas suele pintar las oscuridades de la vida humana, en su etapa del *haiku* recurre a la tranquilidad y a la interiorización para expresar sus sentimientos más íntimos.

Si ya durante su estancia en Inglaterra había ido reduciendo su producción poética, debido en gran parte a la muerte de Masaoka y a su misma inmersión en la vida inglesa, a partir de *Yo, el Gato*, centró todo su interés en la producción de novelas, género que para él suponía una liberación de las crisis nerviosas que le habían aquejado.

A pesar de la influencia de Masaoka, más inclinado al subjetivismo, Sōseki se revela partidario de un realismo que él sabe

envolver en un lirismo típico de Japón pero también sazonado con recursos cómicos. Estas características aparecen de relieve sobre todo en sus primeras novelas escritas tras su regreso de Inglaterra, a saber, en *Botchan* (El joven mimado)¹ y en *Wagahai wa neko de aru* (Yo, el Gato).

Sucesivamente publicó: *Gubijinsō* («Amapola»), *Sanshirō* («San-shirō»), *Kusamakura* («La almohada de hierba»), *Kokoro* («Corazón»), *Sorekara* («Después»), *Tabibito* («El caminante»), *Michikusa* («Rezagado en el camino»), *Kōfu* («El minero»), *Mon* («La puerta») y *Meian* («Claroscuro»), que dejó incompleta en noviembre de 1916, poco antes de su muerte.

En diciembre del mismo año, a la edad de 50 años, falleció en Tokio, dejando una rica herencia literaria que marca un hito notable en la historia de la literatura japonesa. Tanto la forma como el fondo de sus obras han tenido siempre la magia de la palabra y el frescor de la vivencia personal.

Es precisamente *Yo, el Gato* una de las novelas donde Natsume Sōseki se revela más interesado en poner de manifiesto las entretelas del ser humano colocado en unas circunstancias especialmente conflictivas. En ella el lector se encuentra con un interesante abanico de caracteres humanos e ideologías que representan el pluralismo surgido en Japón a raíz de la Restauración de Meiji y asiste a las escenas que se desarrollan en un pacífico barrio de Tokio donde el gato hace el milagro de concordar discrepancias. Sin olor a pólvora ni choques de catanas pero sí con fina sátira y sutil humorismo, se suscitan problemas de honda rai-gambre filosófica, social y moral.

La nota humorística aparece ya en el mismo título de la obra. En un principio, Sōseki prefirió el de *Neko-den* («Leyenda de un gato») como título, pero, por consejo de Kyoshi Takahama, aceptó el de *Wagahai wa neko de aru* (Yo, el Gato) y decidió dar forma y estructura definitivas a su novela.

La verdad es que esta novela debería titularse *Tengo el honor de ser gato* o, si se prefiere, *Yo, Gato, a mucha honra*, porque el pronombre personal japonés *wagahai* entraña un énfasis de arrogancia y displicencia, y le sirve al gato para ponerse sobre el pedestal de una pretendida dignidad y así reivindicar una cierta

1. Natsume Sōseki, *Botchan-El joven mimado*, trad. española de Jesús González Valles, Sociedad Latino-Americana de Japón, Tokio, 1969.

superioridad. Con ello, el «honorable» felino, ya de entrada, imita el modo de hablar de ciertos políticos, empresarios y sabios de su época, que miraban al prójimo por encima del hombro y que, de entre la veintena de pronombres japoneses de primera persona, no encontraban otro más arrogante y despectivo que el de *wagahai*. Su tarjeta de presentación, pues, con toda la ironía que encierra, arranca la primera sonrisa del lector. Es posible que la sonrisa no se borre de nuestros labios mientras vayamos viendo las observaciones, juicios, censuras y ocurrencias del gato metido a filósofo de la vida humana.

En esta novela hay, en efecto, un trasfondo ideológico que constituye precisamente la clave de toda su trama. Los críticos japoneses han estudiado esta novela desde una perspectiva filosófica y se da un asentimiento general en el análisis de las grandes líneas del pensamiento reflejado a lo largo de la novela.

Se trata de una filosofía de la vida que va desgranándose a través de los numerosos personajes y, por supuesto, a lo largo de las reflexiones del propio gato. Un día, el autor clavó fijamente su mirada en el gatito vagabundo que había ido a parar a su casa y decidió confiar a los ojos avizores y perspicaces del felino la observación de los caprichos, falsedades, arrogancias, chismes, hostilidades, irracionalidades y demás miserias humanas. La ilusión del novelista no quedó defraudada, porque el gato, llevado al principio de un innato espíritu de camaradería con sus hermanos de raza, siquiera fuese para murmurar de los hombres, se dedicó después a observar por su cuenta conductas de la más variada índole. Los personajes que van apareciendo en escena son diferentes o diametralmente opuestos en cuanto a situaciones, virtudes y vicios.

El gato metido a filósofo realiza en la novela el papel de inquisidor de estilos de vida, hábitos sociales y modos de pensamiento llegados a Japón al amparo de la apertura patrocinada por el emperador Meiji. Papel que el gato realiza desde posiciones intransigentes que le mueven a pasar por el tamiz de su crítica implacable todo lo que considera conflictivo o simplemente reñido con el sentido común. Y todo ello desde un tono satírico y un sentido del humor que dan a la novela un encanto singular. La verdad es que hacía falta en la literatura japonesa moderna la salsa humorística.

A través del felino, Sōseki pasa también por el tamiz de la crítica a la sociedad en que vivía, pero, al mismo tiempo, muestra

caminos de recuperación de la dignidad humana. Los variopintos tipos humanos de la novela aportan no sólo formas de vida criticables, sino también aspiraciones nobles y recetas más o menos eficaces para erradicar abusos y enfermedades sociales. Además del maestro Kushami, a quien el gato atribuye el don de intentarlo todo y la desgracia de hacerlo todo mal, van desfilando personajes a cual más peculiar: Meitei, que representa la pasión por la belleza y la libertad; Kangetsu, el interés por la verdad y el progreso; Dokusen, el fervor por el bien; Kaneda, el apetito desordenado de dinero; Tōfū, la ilusión romántica; Tatara, el sentido práctico de la vida; Kiyo, la aversión juvenil a las normas antiguas; la mujer del maestro Kushami, la tradicional resignación de la mujer a los caprichos del marido...

La obra nos ofrece, además, actitudes concretas respecto a nuevos patrones de civilización traídos del exterior. Sōseki no oculta sus dudas y reparos sobre muchos aspectos culturales introducidos en Japón tras su apertura al mundo occidental. Son los mismos o parecidos reparos que todavía hoy abrigan muchos japoneses acerca de numerosos valores y contravalores occidentales llegados a Japón durante este siglo xx.

Los mismos personajes de la novela aportan, cada cual a su modo y manera, valoraciones acerca de la democracia y el autoritarismo, la ética antigua y la moral moderna, el positivismo occidental y el nihilismo oriental, el feminismo y el machismo, el rigorismo y el permisivismo..., y así sucesivamente una serie de términos opuestos referentes a otros campos de la vida cultural como son el arte, la religión, la moral, la educación, etcétera.

La actitud fundamental del autor frente a la Restauración no fue precisamente de apasionada bienvenida sino de prudente reserva. En una conferencia pronunciada en 1911 en la ciudad de Okayama afirmó que, contra lo que ordinariamente se cree, la Restauración no trae a los ciudadanos más dichas sino que, a medida que avanza, hace que se intensifiquen las luchas y origine intranquilidad y sufrimiento. Pero añadió en tono optimista: «Para superar esas inquietudes y sufrimientos, lo mejor es ir cambiando poco a poco, desde dentro, de una manera espontánea, para no caer en la neurastenia».

No es que Sōseki se opusiera a la aceptación de la cultura occidental, sino que abogaba por una apertura selectiva, discreta y progresiva de la civilización venida del exterior. Actitud ésta que

conduce a una armonía entre el progreso cultural y el respeto al patrimonio tradicional. Lo cual ha contribuido a dar a la novela una nota de perenne actualidad, de tal modo que su lectura puede ayudar a comprender el modo de ser y obrar del pueblo japonés, siempre atento a los signos de los tiempos y siempre respetuoso con sus valores tradicionales.

Agotada ya hace unos años², esta versión española directa del original japonés aparece ahora en su segunda edición gracias al patrocinio de la UNESCO y a la ayuda del Centro de Estudios de Asia Oriental, de la Universidad Autónoma de Madrid. Nuestra especial gratitud a las profesoras Taciana Fisac y Kayoko Takagi por sus acertadas observaciones en la revisión de la traducción.

JESÚS GONZÁLEZ VALLES

2. Natsume Sōseki, *Yo soy un gato*, trad. española de Jesús González Valles, Centro de Estudios Humanísticos, Universidad Seisen, Tokio, 1974.